

OCTAVIO SMITH

*DEL FURTIVO DESTIERRO*

Poemas

EDICIONES "ORIGENES"

LA HABANA

1946

*A JULIO SMITH  
Y GEORGINA FOYO,  
mis padres.*

*“pues ni estó, ni vo, ni vengo,  
donde quiere mi querer.”*

**JORGE MANRIQUE**

OCTAVIO SMITH

*DEL FURTIVO DESTIERRO*

P o e m a s

EDICIONES "ORIGENES"

LA HABANA

1946

I

## VIENTO DEL SUR

MIMBRE infinito, tu guerrero  
brazo caliente que convoca y sigue  
prende en mi cuerpo ardiente titilar desvelado.  
De un desolado mundo que no cesa  
vienes con brío sigiloso,  
con bajo vuelo henchido aciagamente.

Para ti los saludos trémulos,  
puente de las voces solitarias,  
flechera alondra oscurecida  
que desarregle el rostro a diario  
trivial de incierto tránsito aceptado.

Tu nación lejana quetero:  
ámbito puro, legítimo estío  
que el amor satura finamente.  
Mudo latido enhiesto allí consume  
lava de rosas en el aire denso,

maduro ardor vibra colgando  
tenaces humos de deseo  
en las esquinas aéreas más remotas.  
Sin querer ya sino la misma  
mariposa esencial,  
el arduo espíritu que apoya  
en la tierna avidez de los pechos efimeros  
su herido viaje inconsumible.

## CERNIDO ECO

HAY un vuelo disperso de paloma  
sobre rama que fino alerta erige  
desde que al astro que mi frente rige  
desdobló la distancia en luz y aroma.

Porque estás y no estás el viento viste  
largo y dulce disfraz de mensajero  
y el crepúsculo cava helado cero  
en callado temblor que no resiste.

Seco puente sin fin tienden los días  
y a mi lado la voz de los colores  
yace inmóvil, quebradas sus estrías.

Entre el ramaje de la noche deja  
girones de mis silbos voladores  
diosa de ardientes velos que se aleja.

## ESTROFAS POR LA BELLA DURMIENTE

REZUMADO sueño para ceñirte peina sauces cristalinos.  
Rige lozana frente milenaria el delicado sosiego  
donde blancos corceles linajudos se reclinan y disipan.  
Húmedos fantasmas de música te rinden vasallaje.

Sobre el inerme castillo el tiempo se desplaza  
como un manto de ascetas olores minuciosos,  
con marcha de tan moroso sino taciturno  
que sin sueño el aislado laúd ya es casi aroma.

Profuso en frondas entrelazadas crece el tiempo, paso a paso  
te funde a parques del pasado como a concluso lienzo  
sin resquicios para el temblor hialino de tu espera.  
Errante lo umbroso blande el mudo espejo de su angustia.

Como el estanque solitario al anillo de la niña  
tenues linfas te enredan y aíslan silenciosas,  
asestando a tu paladar brumas violáceas cuando lejos  
oyes henchidas las memorias transcurrir sin contenerte.

No la tapia sumida en madre selvas que si secreto un fuego  
respira es como huracán texto de nieve o remembranzas.  
Un ardor te escucho hilar cristalizado, una premura  
con latente ademán de asir todo lo raudo que no habitas.

Nadie vé sino el bosque, su ceño y las ansias alisadas  
que día a día sirve al paso develado del tiempo,  
nadie vé sino un frutal discurso impávido y rielante  
y la parca orilla en sombras meditándote obstinada.

## II

## PARA LA NIÑA DESTRUIDA

TIERNA neblina su creación apenas,  
muda inquiere tu sangre en intemperie  
sitiadora con rostro impenetrable.  
Llanuras calcinadas, pedregoso silencio:  
su talle en rubio haz ha de adecuarse,  
ha de afluir tu sangre lentísima o vacía,  
sin más eco que un sordo rumor inesquivable  
como el desbordamiento pausado de la muerte,  
ha de afluir sin gestos a donde el tiempo es rostro,  
bóveda inmensa, gravedad tallada.

Nítido escorzo en avidez aurea  
del más puro revuelo y el destilado hechizo  
vencido susurrante del almendro.  
Dócil era a la íntima unción que le ceñía  
perfiles de la corza presurosos  
de gozo en fuga a otros ámbitos más leves.  
Caída ahora logra sólo  
tactos dispersos, párpados sumando

lentos la espesa sombra inexplorada,  
no asintiendo sin nombre todavía,  
esa tierna neblina interrogante.

La sangre abandonada se aísla queda, escapa  
tu sangre sin moverse, perdiéndose en sí misma,  
fija despierta en medio de la presión sin rostro  
de un silencio que en sólo duración se resuelve,  
nieva al fin la vecina premura de mis dedos.

Enmudecer sin sueño sólo resta

cosido a la intemperie de tu muerte.

Pero la ausencia no es el eco en la desnuda sala  
sino una rica arborescencia punzadora.

Toda en mí queda la fragante turba,

el profuso tejido de ademanes

y miradas, tu forma entre los dedos

del tiempo varia y fervorosa.

Por mi transita la fragante turba,

sólo de mi nutriéndose y en mi pesando.

Ondas de nada dicta sucesivas

el frío señor surgido sordamente

de un sellado bosque a mis espaldas.

## LA CASA QUE LA MUERTE HA VISITADO

NIÑO ahora contra un aire selladamente lacio  
que te impone ilegible, sarcástica escritura,  
niño prendido todo a su mirada zozobranante  
para el frío caballero que el juguete ha escondido,  
que si sonrío es muro de letal estatura.

Antaño al terciopelo azul de tu traje de las tardes  
la doliente fruición del otoño se amoldaba,  
poblábate la infancia de amistosos misterios,  
libremente fluían del aire hacia tu alma  
dinásticas sonrisas de leve helor ruinoso.

Pero esta extraña estación se petrifica en torno tuyo  
y hallas sólo un exangüe pregunta en tu bolsillo.  
¿Con qué gesto a esta presencia de indiscernibles bordes  
fijar suscintamente en vitrinas familiares,  
envolver en un dócil tegumento señoreado  
su flotante pesantez que calándote te esquivaba?

Estrena a cada paso un aspa imprevisible,  
una sombra oponente de grávida sordina.  
Paño de sombras empozado en el hueco de los muebles,  
seca esculpe la inútil soledad de cada cosa,  
tu paladar asola como avenida  
talada por negruzca arena paso a paso.

Sin ensayar el vano granizo de ademanes,  
como quien oye los caminos helarse asfixiados de sí mismos,  
penetras el oscuro reino, te sumerges existiendo sólo  
para tus dedos y su desierto aliarse en los rincones  
al azote de silencios batracios.

Tremaba la piedra, secreta savia sacudiendo erguía  
cuando la casa su tibia, hilandera intimidad defendía,  
cuando aun cernía fuera su acecho talar y resonante  
aquello en que ahora se han transustanciado puertas y ventanas.

Absoluto el paño de estupor vigila,  
tenso rechaza los dibujos, el trazo que persigues  
de un acorde trenzado y fresco en la pared madrina  
cuando tu amor tocaba al vuelo a aquél que ha sido cercenado.

### III

## ELEGIAS

### I

SON señales dispersas, diminutos otoños.

La sonrisa que exprime en un hombre su faena  
y blandida es como un triste,

fútil polvillo milenario.

Huidizos testimonios. ¿Qué silueta

de enlutado maestro mudamente

consterna el llanto de los niños?

Huellas así diseminadas, súbitas

noticias de no sé qué fijo yermo  
detrás del aire indiferente y ágil.

Mas cuanto a veces cerca

mis sienes tu desolado rostro,

viento de larga historia, sierpe de lamentos,

de golpe estás sonando: todo es mío,

y la Tierra se hiela entre tus brazos.

La lástima de Dios nubla los aires,

la lástima de Dios por tantos siglos.

Sus velos suaves ondulando extiende  
como en herido vuelo a qué confines.  
Sumarme quiero a esa piedad mi nombre ahogando,  
sumar mi voz, rizo inocente combatido,  
que allí se albergue y calle y mézcase y espere.

## II

DESDE las sienes de los desterrados  
empinadas, laderas con las viñas  
cristalinas que dioses juveniles  
fabrican y en el sol ciernen furtivos.  
Contra las sienes de los desterrados  
el fatigoso don incierto,  
la broma de los dioses  
que encandila la piel de la mañana.

Un canto en derredor del nauta  
detrás del cerco de la noche asciende,  
penetra su impelida servidumbre  
y al dorso de su sangre se reclina.

Lento el cansancio ciérnese y descende  
como una suave mano que renuncia,  
lento silencio, paños de la nada,  
alejando el delgado lecho en el aroma.  
Niebla sin fin aquí sólo se espera,  
niebla sobre los dardos de esta música  
presa en la carne que se rinde.

### III

ZUMO en rielar transfigurado,  
blanda y estéril ebriedad.  
Trémulo reino en los olivos  
esta fragante espina da.

Formas en vilo preservadas  
así el ayer a reiterar  
viene, sustancia absurda y grácil,  
juego que estar es y no estar.

Junto a las dichas encendidas  
de inaccesible vecindad  
cárcel en céfiros esquivos  
tiene su anhélito tenaz.

Mas ya la angustia se reanuda  
—pálida rueca, lenta sal—,  
por mí responde a ese llamado  
¿qué desolada, exangüe faz?

(Atad las llamas delicadas  
que el grito quiere remontar,  
guardad la íntima sustancia  
que a diluirse llevará.)

Oh ardiente pueblo de los ámbitos  
donde mi voz ha de flotar,  
suma a lo exánime tu extraña,  
gesticulante inanidad.

#### IV

PRESIENTO en esta pausa la venida del polvo,  
la casa abandonada que azota y huella el viento.

Pasa al lado la vida demasiado ligera,  
fulgurante de risas, henchida y descuidada.

Amo el agua surtiendo, sus curvas conmovidas,  
las ramas que entrelazan sus ansias o sus miedos;

os amo, esbeltas niñas como jóvenes ríos,  
os amo en vuestro ímpetu grácil que me hiere;

y amo las raudas formas, los torsos de ansia unánime,  
linaje que en bullicio se afirma ardientemente.

No quiero los islotes con arena de insomnio  
cercados por la noche y el viento y la resaca.

Seré dejado atrás. Mi paso no es el vuestro,  
muchachas, fuentes, juncos, suavidades seguras;

desmayo en esa marcha que no mira a la orilla  
donde escucho el profundo sonar de los que quedan.

Seré dejado atrás por todo lo que fluye  
sordo a los fríos cuévanos que acechan su algazara.

Solo estaré en angustia soñando con el polvo,  
con casas olvidadas, con las fustas del viento,

viendo huir lo que amo y amándolo hacia dentro  
como el musgo y su beso en mortecinas márgenes,

decayendo entre brotes de acidulado orgullo  
como unguido del reino sin brío del otoño.

## EN PRIMAVERA

CORZA en el aire fino apenas deja  
dulces líneas y fuga dibujadas.

Descíñese la Forma: en encantadas  
ondas la luz la aísla y la bosqueja.

Tremante multitud el bosque espeja  
con su sed de existencias miniadas.  
Duelos, pulso, en la luz, en las hiladas  
audacias, en la carne que te aqueja.

Revestido universo si la acosa  
frágil palpita mínima criatura,  
leve capuz se crea y mariposa.

Mas alguien duda ya. Nada procura  
esa torre y se afina silenciosa  
recatando su sed, su quemadura.

## RÚECA EN LOS CIPRESES

SU secreto monje desciiendo,  
suaves frutecen, silenciosos suman  
al aire catedrales donde un niño  
congrega ahogados nácares,  
guarda su pulso entre ángeles de incienso,  
se asoma dócilmente a su ceniza.  
Peregrinando llegan sin fin los desoídos.  
Veladoras copas a lo lejos les tienden  
un entornado encanto que rinde y desazona.  
En ellas no la niebla sino mi forma busco,  
su talar estatura vigilante  
para ceñir las tiras de mi carne.

Un ciprés entreabre lenta música,  
agua profunda lee, grave asiente,  
gestos segando y mórbidos rumores  
por arduas levedades fe remonta,  
sorbe frondas aéreas, no trabaja  
sino su forma fiel más evadida.

He aquí los desoídos, oh esforzadas siluetas.  
Acuden acarreado sus exangües deseos  
en pos del sacro templo que afloráis como un nimbo.  
Vanamente la lluvia en torno os insinúa  
fácil continuidad en apagado raso:  
vuestra aguja persiste y horada silenciosa,  
más y más labra recta y se adelgaza.  
Porque fuego amaestra y bruñe el desasido  
y ausencias no le punzan, callado aguas levanta  
de la sobria fluencia de los códices.

Y continuáis, cipreses, bajo la lluvia inmensa.  
El halo que adoptáis entre la noche  
vuestro activo reposo y modo tenue exalta,  
aislados comenzáis sin término la tela,  
se os oye departir pausados con el tiempo.  
Ungidme y al amor de leve espino  
discutiré la ausencia de mi amada.  
Las cosas amaré con desligada mano,  
sin más don de mi sangre que el roce condolido.  
Edificadme de ternura agreste  
como lanza de ahondar hacia los cielos,  
tino de huraño surtidor me faje, pueda  
desordenar los usos de la muerte.

# IV

## LA PREGUNTA DE SAN PEDRO

¿QUE tibia luna, mi Señor, discurre  
disuelta en arroyuelo por mi entraña?  
De nuevo árbol con halo susurrante  
Tu cuerpo silencioso me depara,  
claror entretejido, red sedosa  
por persuasiva lámpara impulsada,  
y no se me desata viento claro  
para escanciar de golpe entre Tus ramas.  
Aquella aurora heladamente absorta  
saetas del color de Tu mirada  
clavaron en pasión de pozo austero  
la deleznable torre de mis ráfagas.

Y ahora te brindo el cirio de penumbra  
que a su estrella la tarde inmóvil alza.

¡Qué dulce intensidad augusta, fija,  
fluyó segura de la espina amarga!  
Mis ímpetus dispersos, síes en busca  
de velas que atronar en Tu sellada

silueta, ronda infiel a Tu misterio,  
Galilea y sus raudas lumbraradas,  
conversos fueron al columpio leve  
de marea de rosas bajo el ala  
sorda de la promesa vespertina.

Hoy mis afirmaciones desaladas  
son esta presa nube de latidos,  
tenso coro de tímidas campanas.

Sólo tengo preguntas como brisas.

“¿A dónde vas, Señor?”

En Ti me apagas.

## TERCETOS A LA VIRGEN

COMO ramas mecidas, los gestos de María  
en torno el aire ordenan, dicen del haz secreto  
de fragante armonía.

Con el pulso a la fuente misteriosa sujeto,  
mientras la luz ondula de Galilea, Ella  
frutos soñando exhala tras del florido seto.

Recibe absorta el hilo silente de su estrella  
velando en inasibles planicies desplegadas.  
Isla en el tiempo inmóvil, incólume destella.

Sumo es, María, el dulce frescor de atesoradas  
aguas que hacia lo grácil se afanan en tu hondura.  
Toda estás en Ti misma y en tu seno iniciadas

oyes ya dimensiones de una inmensa aventura,  
suspensa si surcada de sonoro infinito  
como incienso levantas solemne arquitectura.

Oíd: a esta doncella se anuda lo prescrito  
con urbano descenso, como en pulcros vitrales  
la luz orquesta fina su deslumbrante rito.

Con ímpetus fluviales  
la plenitud recorre a María, la eterniza,  
la torna esbelta nube de espigas musicales.

¡Cuán leve, si profunda y henchida, se desliza!  
El peso levitante de un Dios. Cruza arrobada  
la tierra que una ruda sed milenaria hechiza,  
torna a sí siempre, Reina, Vaso de Dios, Aislada.

## CANCION DESDE UNA CONCHA

HAZ de arrestos gozosos  
y claro cinto de sosiego, alzados,  
mar abierto y azul, a tu promesa  
de una mágica rosa de horizontes.

En esta orilla tengo  
cristal de regocijo y fe dorada  
para el viaje que anuncias  
desligado de todas las riberas.

Firme gracia se asoma en rizos blancos  
sobre tu juego de ondas ajustadas.  
Qué vivo y pleno dentro de ti mismo,  
los girones del tiempo a tus rodillas.

Oro lavado en azul alto baja  
a besarte con lúcida ternura.  
Tú respiras la música secreta  
y la pura existencia sin heridas.

Sería el solo hilar sobre tu frente,  
tan desnuda de ardor y mariposas,  
fina ruta de ensueño, desasida,  
con humo de dulzor enarbolado.

Alba nave de soplo y de improviso,  
nutrida por tus vientos  
de eterna savia joven,  
acordada a tu estar insobornable.

Con el tiempo detrás, roto en la orilla,  
y el ansioso gobierno derrocado,  
hasta el tibio horizonte en que se enlacen  
tu mano y la del Cielo.

## LA TERSA SINCOPIA

CON fruición escalando el latir profundo y ágil  
de presencias sin relieve, sin la explícita arista  
donde la luz acampa y duele cenicienta,  
en húmedo recinto vivaz de tenues moradores  
converso el ojo repasa grave seda trascendida,  
un aéreo tapiz siempre de nuevo descifrable.  
Lustrado por la Gracia, su juego son morosas delaciones.  
Afina su tensión hasta exhalar con nitidez palomas  
en derechura del despliegue raudo de la noche.

En torno la fluidez se abre suavizante a las preguntas.  
Esta fina, móvil materia de noche desasida  
del heno y su loor terrestre, velera sin retorno  
como ademán volado a la más tierna criatura.

El hilo atensa la profunda dimensión helénica  
para que arda en mi mano el tacto esquivo y sigiloso  
de tanto fruto diáfano de torso indisoluble.  
Gradual iniciación hasta que es nítido el enlace  
de un cálido y fluente misterio de mi cuerpo

y un discursivo techo ensimismado y poderoso,  
lozano de intemporal fragancia penetrándome  
con brazo agudo y hialino en la distancia.  
Sapiente linfa entretejida me sustenta como a cada  
mudo yerbajo oscurecido y férvido.  
Y es sólo aislable en ella su profuso  
fluir innominado, su brío irrefragable.

## NOCTURNO EN EL ESTANQUE

NITIDO amor convocan las estrellas  
y el hálito que cunde es un deseo  
de cántico entre huertos intangibles.  
Desciñe, suave amigo, tu secreto  
para el diáfano templo de esta hora.  
Dulce y sereno espectro que respiran  
tus aguas en la paz transfiguradas,  
el ave alimentada intensamente  
detrás de tu desmayo y fijo rostro,  
que a un delgado recreo es expelida  
cuando la noche así sana y libera.

Diluye los recuerdos la tersura infinita,  
una flauta navega sus linfas delicadas,  
rebate al agrio día de alargada silueta.  
Evádetes de flácidos ropajes,  
desnudez que preside nos cerca y nos invita,  
libres surjamos a esta estancia cristalina  
donde nada transcurre ni anhela ni se apaga.

Yo sé que un lento hastío con beso inacabable  
va ciñendo maneras de ceniza a tus sienes  
en la orilla en que asistes al curso de lo raudo,  
y a la luz delatora de dioses deliciosos  
desdeñas, como el musgo las espaldas volviendo,  
retirando tus puras palomas y latidos  
a un acecho en cancelas macilentas.

Ahora un brillo esparce misterioso tu carne  
mientras calladamente más y más se adelgaza.  
Oyes reinante música de ocultos incensarios,  
de un único incensario que los pulsos aún  
y la Verdad suspende como inmenso regazo.  
Solo celeste soto de ilimitado fieltro.

Nuestras sangres, amigo, tendamos sin zozobra,  
que es el hálito mismo de Dios lo que nos llega  
y apacigua la espera con mano sutilísima.

Desnudos de la pobre carne desatinada,  
alta y suspensa el alma, divinamente asida.  
Desnudez que humedece el aire silenciosa  
como una adolescente agradecida.

## ATLANTICO

ACUDID a esta luz, a su atinado texto.

Enredada en levísimas espumas

despliégase ondulante entre el ala y la ceniza.

Veladora esencial desde milenios definida, helénica.

Tersa su frente aísla si en el viento se comban

fugas que dividida la clámide alimenta.

Es el aire, tu aire con siglos de afinado vigor llegando

a cercenar mi cotidiano gesto pedigüño,

una lejana lucidez, un torso diáfano y fastuoso

en sereno abanico de deslumbres prodigado.

No cesa, invisible, el férvido surtidor de gaviotas,

no cesa el oficio fulgurante que elevas

en tanto el tiempo lejos se desliza amigable

y brocados de airosa certidumbre ciñen tus riberas.

Fino estruendo y velamen de impetuosa fragancia

despedidos del regio ventanal que te preside.

Así es el lino de diamantina ofrenda incorporado

a eternidad salobre que la luz cierne y aísla.

En mi ciudad, Atlántico, a menudo tu nombre  
graniza sus rubios corceles diminutos  
aljofarados de un sin fin detrás del horizonte.  
La piedra al fuego educada en avidez o forma,  
la esbelta piedra, grávida creación roible, entonces  
desnuda una furiosa lumbré, por los tuyos  
lanza sus frutos de extático vacío tintineante.

Flora infinita pugna en la costa mudamante,  
delicada se afirma, fija y tremante como un torso  
impreso adolescente en los aires al acecho  
del despliegue silente o hechizado rito de las velas.  
Sueño sus curvas de límpido vigor adelantándose ceñidas  
como el que pulcramente ha deslindado en sí mismo lo perenne,  
lamido de aventura estoy y resonante bajo el pulso  
de tus aires cargados de fruto incorruptible.  
Por tu luz sacudido como brizna,  
¿qué no digo ahogadamente de un destierro inmemorial?  
Velero señorío de tu brazo me va hollando.  
Miradme translúcido al soplo de tersa infinitud,  
porque alto lienzo eterniza su voraz hermosura  
y el grandioso mantel incesantemente se renueva.

## DEL LINAJE DISPERSO

TIEMBLA mi corazón, lejos devanan  
esta titilación que se le enreda,  
tiempo transluce o la arenilla indócil  
de música a la espalda de los días.  
O es el ritual dinástico del polen  
para el arpa del aire revivido.  
Tiembla mi corazón y se propaga  
por fragancia vivaz, por finas lumbres,  
tiembla, escapa en su fe, tibios escorzos  
agita en torno ingenuos y frutales.  
Desperzando los verdores  
de tierno encaje cristalino,  
va la onda a tocar pura en la rama  
donde emboscada flauta, cuerpecillo  
de alas tañidas, arde y la tremola.  
Tiembla escalando el aire ese rizado  
manejo de sustancia melodiosa,  
pluma blandida o cándida violencia

desnuda hacia la carne de los cielos.  
Tiembla toda la linfa atardecida  
del aire y la rielante,  
solicita emoción gana la estrella,  
pulsu su tersa punta que cardada  
la vibración devuelve por el cauce  
del latir de mi ángel a mi lado.  
Magno diamante activo en cada punto,  
qué logrado universo ahora persiste  
desde mi corazón y su otro borde  
confía al hálito de Dios.  
Casi sufriendo, como las estrías  
tensas de pluma al agua sometida,  
a un agua o levedad  
transitada de rápidos secretos,  
la carne fulge al aire sueño y pugna  
de carne desnudada de sí misma.  
Nevado de ceguera minuciosa  
mi corazón redime los confines  
del mundo, sus manteles desenvuelve  
de recelo entregado a dulce pira.  
Pulcro temblor sin fin bajo un remoto

dosel fluente, un diáfano discurso  
donde las voces cálidas del Verbo  
lúcidas se entretajan e insondables,  
reverberando en parco terciopelo  
de sagrada sordina.

Tiembla y alude todo al presentido  
céfiro que aprisiona

las rosas en coral desquiciamiento.

Acrece en progresivas

delgadas formas delirantes,

tiembla y apremia a Dios cada criatura.



## OCIO FINAL

LA flama airosa del Domingo  
lustra la tarde desasida  
del palpar de mi ventana.  
El mismo afán allí conduce  
piras briosas, rubio coro  
de ágiles cuerpos escanciados.  
Pero está fija mi ventana.

Flora tras flora de un violeta  
turbio al destierro<sup>6</sup> de mis manos  
puntual acude, vibra y punza,  
muere batida por los ecos  
de raudas formas apiñadas  
como rosácea turbulencia.  
Trina o se espesa la ventana.

Mi soledad llena de escorzos,  
tenaz de encajes musitados  
como sustancia provisoria  
para un voraz marco vacío.

Mi soledad entre paredes  
de lacio asunto caducado,  
ya escucha helarse la ventana.

¿A qué la infancia, su tejido  
profuso y férvido aleteando  
desde la frente sin posarse,  
toda la red secreta, henchida  
de estilos sacros y vivaces  
al aire oída, tan remota  
del estupor de esta ventana?

Dorado el aire íntimo y móvil  
de la imborrable galería,  
era el Domingo un desposorio  
de aguda linfa nobiliaria  
con el sagrado maderamen,  
con los tesoros de mi hogar  
que ahora escarmienta una ventana.

Hialino prende entre los pulsos  
el breve espino de obstinarse  
contra una luz que afablemente  
disuade y funde a la nevada.  
Frentes de encaje como un largo

festón temblando ya deshecho  
mojan borradas la ventana.

Lo bonancible de esta muerte  
no es lo salvado, los ruinosos  
oros de fieltro acompañante.  
Ni es lucidez: dicta un polvillo  
de cieno en parcas avenidas  
donde se estanca el gesto en ciernes  
de consultar a la ventana.

## CASA MARINA

CASA marina, iridiscente tuve,  
sienes tersas para la amiga linfa sigilosa  
del aire en la ferviente galería,  
su azuleante, vivaz, rizado colmo.

Con pulcro, translúcido redoble los cristales  
se abrían festoneados de salinos envíos,  
mojados del fresco encaje onírico asestado  
por el mar en diálogo brioso.

Inmerso en isla extática y hialina.  
Asistíame el recio maderamen  
de sobrio azul con su estatura  
de reposado nauta,  
con tácita aficción, mi deudo misterioso.  
El componía lo interior, el vuelo  
fiel de la luz atesorada

que umbroso tornasol era o ritual  
recuento de las joyas de mi stirpe.

Casa cogida por el mar, poblada  
de intrépidos tesoros de pausado rielar.  
Dones sutiles, sigilosos rielaron en mis labios.  
Absorto bebí, comprometido fantasioso oyendo  
mi presteza en susurro de latente velamen.  
Conchas los días de estable claridad oreada,  
dulcemente veteados de pródidos rumores,  
ágil trama de iris vibrátiles, llevábanme,  
enunciados eran por la amistad del tiempo como un cálido  
labio al oído enciende morosas maravillas.

Era el amable, solitario príncipe,  
su dorado manto en taciturno oleaje,  
era el ocio espaciándose para que yo lanzara  
mi respuesta en enfático tejido cabrilleante.  
Era mi reino que me aguarda  
temblando de incorpórea lozanía,  
preso en el timbre incierto de mis manos

conducidas a magra disidencia.

Cristalizado ya su esbelto desamparo,  
su tersa llama en urna asordinada  
donde sólo el color persiste y aletea,  
carne evadida cuándo de mi carne.

Casa marina, reino de sal rielante tuve  
y destronado fuí mientras dormía.

# CONTENIDO

	PÁG.
I	
VIENTO DEL SUR . . . . .	9
CERNIDO ECO . . . . .	11
ESTROFAS POR LA BELLA DURMIENTE . . . . .	12
II	
PARA LA NIÑA DESTRUIDA . . . . .	17
LA CASA QUE LA MUERTE HA VISITADO . . . . .	19
III	
ELEGIAS: (I - II - III - IV). . . . .	23
EN PRIMAVERA . . . . .	30
RUECA EN LOS CIPRESES . . . . .	31
IV	
LA PREGUNTA DE SAN PEDRO . . . . .	35
TERCETOS A LA VIRGEN . . . . .	37
CANCION DESDE UNA CONCHA . . . . .	39
LA TERSA SINCOPIA . . . . .	41
NOCTURNO EN EL ESTANQUE . . . . .	43

ATLANTICO . . . . .	45
DEL LINAJE DISPERSO . . . . .	47

V

OCIO FINAL . . . . .	53
CASA MARINA . . . . .	56

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN LA HABANA EL DIA CUATRO DEL  
MES DE ENERO DE MIL NOVECIENTOS  
CUARENTA Y SIETE EN LOS TALLERES  
TIPOGRÁFICOS ÚCAR, GARCÍA Y CIA.  
TENIENTE REY NÚMERO QUINCE.



ÚCAR, GARCÍA Y CÍA.  
Teniente Rey, 15  
La Habana